

Engels a Ferdinand Lassalle, en Berlín; Manchester, 18 de mayo de 1859

Le habrá parecido, en alguna medida, extraño que no le escribiera durante tanto tiempo; y tanto más cuanto que aún le debía mi juicio acerca de su *Sickingen*. Pero es precisamente ese el punto que me ha impedido escribir durante un tiempo tan prolongado. En la penuria de bella literatura que hoy domina por todas partes, rara vez me sucede que lea una obra de estas características, y hace años que no tengo la oportunidad de leer una *tal* que el resultado de la lectura sea un juicio detallado, una opinión categóricamente comprobada. La nimiedad que se produce no merece semejante esfuerzo. Incluso el par de novelas de mejor calidad que todavía leo de cuando en cuando —Thackeray, por ejemplo— no ha podido despertar en mí ese interés, a pesar de la inobjetable importancia literaria e histórico-cultural. Pero mi juicio se han insensibilizado a raíz de un período tan prolongado sin cosechas, y fue preciso un período aun más largo hasta que pudiera permitirme expresar una opinión. Su *Sickingen*, en cambio, merece un tratamiento diferente que todo ese material, y es por eso que me he tomado tiempo. La primera lectura y la segunda de su obra que, de acuerdo con el tema y el tratamiento, es un drama nacional alemán, me estimuló tan gratamente que tuve que reservarme algún tiempo, y tanto más cuanto que, el gusto debilitado en estos magros tiempos —tengo que decir, para mi vergüenza— me ha reducido de tal modo que, a veces, incluso objetos de escaso mérito producen en mí algún efecto en la *primera* lectura. Para ser totalmente imparcial, totalmente “crítico”, tomé distancia del *Sickingen*, es decir, se lo presté a algunos conocidos (hay aquí un par de alemanes más o menos formados en literatura). *Habent sua fata libelli*²²; cuando uno los presta, rara vez consigue volver a verlos, y he tenido que reconquistar por la fuerza mi *Sickingen*. Puedo decirle que la impresión ha seguido siendo la misma durante la tercera y la cuarta lectura; y, con la consciencia de que su *Sickingen* puede soportar la crítica, le agrego ahora mi “mostaza”.

Sé que no le hago ningún gran elogio cuando declaro explícitamente el hecho de que ninguno de los actuales poetas oficiales de Alemania se encontraría siquiera en lo más mínimo en condiciones de escribir un drama semejante. Pero es, precisamente, un hecho, uno demasiado característico de nuestra literatura como para no explicitarlo. Para abordar, en primera instancia, lo formal, la destreza con que ha sido desarrollado el conflicto y el dramatismo que muestra la obra desde el comienzo hasta el fin, me han sorprendido gratamente. Con la versificación se ha tomado, por cierto, muchas libertades que, de todos modos, molestan más durante la lectura que en la escena. Me hubiera gustado leer, sin duda, la adaptación escénica; así como está, la pieza no es, por cierto, representable; estaba aquí en contacto con un joven poeta alemán (Karl Siebel) que es un coterráneo y un pariente lejano mío, y que ha tenido mucho que ver con la escena; quizás venga a Berlín como reservista de guerra de la guardia prusiana, en cuyo caso quizás pueda tomarme la libertad de enviarle a usted un

²² Los pequeños libros tienen sus destinos; cita del *Carmen heroicum* [Oda heroica] Terenciano Mauro.

par de líneas. El poeta tuvo en alta estima su drama, pero lo consideró totalmente inepto para la representación, a raíz de los largos parlamentos en los que solo toma parte un único comediante, y los otros deben agotar todo su repertorio mímico 2 ó 3 veces, a fin de no permanecer allí como extras. Los dos últimos actos demuestran suficientemente que le resultará a usted fácil hacer que el diálogo se vuelva ágil y vivaz y, a excepción de algunas escenas (lo que sucede en todo drama), me parece que también podría ocurrir lo mismo en los 3 primeros actos; de modo que no dudo de que habrá tenido en cuenta esta circunstancia en la adaptación escénica. El *contenido intelectual* también debe sufrir, naturalmente, por esto; eso es inevitable; y la plena fusión de la mayor profundidad de pensamiento, del contenido histórico consciente —que usted, no sin justificación, atribuye al drama alemán— con la vitalidad y la riqueza de la acción shakespeareanas, recién será alcanzada en el futuro, quizás ni siquiera por los alemanes. En esto veo, por cierto, el futuro del drama. Su *Sickingen* va enteramente por la buena senda; los protagonistas *son* representantes de clases y orientaciones determinadas y, por ende, de determinados pensamientos de su época, y no encuentran sus motivaciones en deseos individuales mezquinos, sino precisamente en la corriente histórica por la que son llevados. Pero el progreso que aún habría que hacer es que esas motivaciones aparezcan en primer plano, en el curso de la acción misma, en forma viva, activa; por así decirlo, espontáneamente; y que, en cambio, el debate argumentativo (en el que encuentro con placer, por lo demás, su antiguo talento oratorio, demostrado ante la corte y la Asamblea Popular)²³ se vuelve cada vez más superfluo. Usted parece reconocer este ideal como meta, en la medida en que establece la distinción entre el drama escénico y el literario; creo que el *Sickingen* puede ser convertido, en el sentido indicado, en un drama escénico; por cierto que con dificultad (pues el acabado no es, en verdad, un detalle menor). Con ello se relaciona la caracterización de los personajes. Con pleno derecho se opone usted a la *mala* individualización que domina entre nosotros; técnica que concluye en meras sutilezas triviales y que es un rasgo esencial de la literatura epigonal que se deshace en la arena. En todo caso, me parece que un personaje no se caracteriza solo por *lo que hace*, sino también por *cómo lo hace*; y desde esa perspectiva, creo, no habría perjudicado el contenido intelectual del drama que los personajes individuales hubieran sido diferenciados entre sí con mayor nitidez y de un modo más antitético. La caracterización de los *antiguos* ya no es suficiente en la actualidad, y en mi opinión, aquí usted habría podido tomar un poco más en consideración, sin perjuicio alguno, la importancia de Shakespeare para la historia evolutiva del drama. Pero se trata de minucias que solo menciono para que vea que me he ocupado también del aspecto formal de su drama.

²³ Lassalle realizó un discurso ante una Asamblea Popular en Neuß (cerca de Düsseldorf) el 21 de noviembre de 1848. En dicho discurso, llamó a la Asamblea Nacional prusiana a ayudar con las armas en caso de necesidad. Un día después, fue encarcelado por alta traición. El interrogatorio fue postergado por las autoridades legales de la provincia del Rin; recién fue tratado el 3 y el 4 de mayo. Lassalle había hecho imprimir previamente su propio alegato. Por esa razón, la corte impidió que el público asistiera a la audiencia, y Lassalle se negó a declarar. El discurso ante la corte no tuvo, por ende, lugar.

Ahora bien, en lo que respecta al contenido histórico, usted ha llevado a la representación, de un modo muy expresivo y con justificada referencia a la evolución ulterior, las dos facetas del movimiento de aquella época que tenía a su disposición en primer término: el movimiento nacional de la nobleza, representado por Sickingen, y el movimiento humanista y teórico, con su posterior evolución en el ámbito teológico y eclesiástico, la reforma. Las escenas entre Sickingen y el emperador [Carlos V], entre el legado y el arzobispo de Tréveris [Richard von Greifenklau] son las que más me gustan (aquí, usted ha logrado ofrecer, a través del contraste entre el legado —que es un hombre de mundo, estética y clásicamente formado y que dispone de amplias perspectivas en lo político y teórico— y el limitado príncipe eclesiástico alemán, una bella caracterización individual que, sin embargo, emerge a partir del carácter *representativo* de los dos personajes); la caracterización es muy atrapante también en la escena de Sickingen y Carlos. En la autobiografía de Hutten, cuyo *contenido* designa usted, con razón, como esencial, ha elegido usted, por cierto, un medio desesperado para introducir este contenido en el drama. De gran importancia es, también, la conversación entre Balthasar y Franz en el quinto acto, cuando aquel le expone a su señor la política *verdaderamente revolucionaria* que este hubiese debido llevar a cabo. Allí sale a la luz lo auténticamente trágico; y precisamente a causa de esa importancia se me ocurre que hubiera sido mejor aludir a ello algo más claramente ya en el tercer acto, en el que hay varias oportunidades para hacerlo. Pero otra vez caigo en minucias. La situación de las ciudades y de los príncipes de aquella época se encuentra igualmente representada repetidas veces con gran claridad y, de ese modo, quedan bastante agotados los elementos, por así decirlo, *oficiales* del movimiento de aquella época. Lo que usted no ha subrayado, según me parece, en forma apropiada, son los elementos no oficiales, plebeyos y campesinos, además de su expresión teórica corriente. El movimiento campesino era, a su manera, tan nacional, se hallaba tan contrapuesto a los príncipes, como el de la nobleza; y las colosales dimensiones de la lucha en que aquel sucumbió, contrastan de modo muy significativo con la ligereza con que los nobles, abandonando a Sickingen, se entregaron a su vocación histórica para las intrigas cortesanas. También para su concepción del drama —que, como habrá visto, encuentro demasiado abstracta, insuficientemente realista— me parece, pues, que el movimiento campesino hubiese merecido una atención mayor; la escena de los campesinos con Joß Fritz es, por cierto, característica, y la individualidad de este “provocador” está representada de modo muy adecuado; solo que no representa con la suficiente fuerza, frente al movimiento de la nobleza, la corriente, ya por entonces muy desarrollada, de la agitación campesina. De acuerdo con *mi* concepción del drama —que consiste en no olvidar lo realista a causa de lo ideal, en no olvidar a Shakespeare a causa de Schiller—, la introducción de la esfera social plebeya, tan prodigiosamente múltiple en aquellos tiempos, habría proporcionado un material totalmente diverso para la animación del drama, un trasfondo impagable para el movimiento nacional de la nobleza que actúa en el primer plano del escenario, e incluso habría conseguido iluminar correctamente este movimiento. ¡Qué caracteres prodigiosamente significativos ofrece esa época de disolución de los lazos feudales, a través de los reyes errantes reduci-

dos a la mendicidad, los lansquenets sin pan y los aventureros de toda clase; un trasfondo semejante a Falstaff, en un drama histórico en *este* sentido, debería resultar aun más efectivo que en Shakespeare! Dejando esto de lado, me parece precisamente, que esa postergación del movimiento campesino es el punto a través del cual ha sido inducido a representar, asimismo, el movimiento nacional de la nobleza, según me parece, en forma incorrecta desde una perspectiva; al mismo tiempo, ello lo llevó a perder de vista el elemento *auténticamente* trágico en el destino de Sickingen. De acuerdo con mi interpretación, la masa de la nobleza vinculada al emperador de aquella época no pensaba en establecer una alianza con los campesinos; su dependencia de los ingresos obtenidos a partir de la explotación de los campesinos no permitía esto. Una alianza con las ciudades hubiese sido más factible; pero no tuvo lugar, o solo en forma muy parcial; y el factor trágico reside precisamente, según mi interpretación, en que esa condición básica, la alianza con los campesinos, era imposible; en que la política de la nobleza debía ser, pues, necesariamente, de índole mezquina; en que, en el mismo momento en que la nobleza quería colocarse a la cabeza del movimiento nacional, la *masa* de la nación —los campesinos— protestaba en contra de la dirección de la nobleza, y esta debió necesariamente caer. En qué medida está fundada su suposición de que Sickingen se encontraba realmente en conexión alguna con los campesinos, es algo que no puedo juzgar; pero tampoco importa en absoluto. Los escritos de Hutten, además, hasta donde yo recuerdo, cuando se dirigen a los campesinos, pasan levemente por alto el escabroso punto de la nobleza y buscan concentrar la ira de los campesinos particularmente en el clero. Pero no quiero disputarle de ningún modo el derecho de concebir a Sickingen y Hutten como si estos se hubiesen propuesto emancipar a los campesinos. Pero con esto tuvo usted, de inmediato, la contradicción trágica de que ambos se encontraban colocados entre, por un lado, la nobleza, que decididamente *no* quería dicha emancipación, y, por otro, los campesinos. Aquí se encontraba, según mi modo de ver, la colisión trágica entre el postulado históricamente necesario y la imposible realización práctica. En la medida en que descarta este factor, reduce el conflicto trágico a las menores dimensiones —a que Sickingen, en lugar de unirse con el emperador y el imperio, solo lo hace con un príncipe (aun cuando también aquí incluye usted, con buen tacto, a los campesinos)— y hace que su héroe sucumba simplemente por la indiferencia y cobardía de la nobleza. Esto se hubiera encontrado motivado de otra manera si ya antes se hubieran resaltado más el furioso movimiento campesino y el ánimo de la nobleza, que, en forma incondicional, se ha vuelto más conservadora a través de las anteriores ligas de campesinos y del Pobre Konrad. Esta es, por lo demás, solo una faceta de acuerdo con la cual podría haber sido incluido en el drama el movimiento campesino y plebeyo; pueden imaginarse otras diez formas que resultan igualmente buenas o mejores.

Puede ver que empleo un parámetro muy elevado para la evaluación de su obra; es decir, *el más elevado*, tanto desde el punto de vista estético cuanto del histórico; y el hecho de que tengo que hacerlo para poder presentar, aquí y allí, alguna objeción, ha de ser, para usted, la primera prueba de mi reconocimiento. *Entre nosotros*, la crítica es, desde hace años, forzosamente tan explícita como

resulte posible, en interés del propio partido; además, siempre nos produce alegría —a mí y a todos nosotros— la aparición de una nueva prueba de que nuestro partido, en cualquier campo en que actúe, lo hace siempre con reflexión. Y esto lo ha hecho usted también en esta oportunidad.

Lassalle a Marx y Engels en Londres; Berlín, 27 de mayo de 1859

Me encuentro, por un lado, colmado de trabajos; por otro, aplastado casi por demandas personales, de modo que toda escritura detallada me resulta una verdadera tortura. No obstante, es para mí una necesidad ineludible responder tan exhaustivamente como sea posible tanto a tu carta como a la grata carta de Engels, quien también me escribió muy minuciosamente acerca de mi drama. La respuesta a ambas puede unificarse de la mejor manera, ya que las objeciones que recibí de ambas partes, sin ser en verdad idénticas, tocan, sin embargo, en lo esencial los mismos puntos.

Nada les parecerá más natural, queridos, que el hecho de que, en aquellos puntos en que creo tener razón frente a sus objeciones, busque exponer esta razón en la medida de lo posible, en la medida en que sus reparos me parecen, o bien por completo errados, o cubiertos por un aspecto del drama que han pasado por alto. No deberán ver de ningún modo en esto, por cierto, una vanidad personal que me lleva a rechazar la objeción, sino solo el mismo interés legítimo en la cuestión que los movió a ustedes a escribir en forma tan detallada —lo que les agradezco con la mayor cordialidad— y que en mí, precisamente porque soy el autor, no tiene que ser menor de manera alguna.

Pero antes tengo que señalar todavía —adjuntando la carta de Engels— que las más importantes objeciones tuyas quedan refutadas de antemano por la carta acerca de la idea trágica del drama que, querido Marx, te envié junto con el propio drama. Engels, ciertamente, no ha pasado por alto esa idea trágica, que yo desarrollé en aquella carta y que puse de manifiesto en el propio drama, durante todo el quinto acto —en el diálogo entre Baltasar y Franz, en la escena de los campesinos, en el monólogo de Franz y en sus estallidos en la escena previa a la caída—; pero, por otro lado, no ha sabido entenderla en toda su nitidez, posición y totalidad. Te pido, pues, que le envíes, junto con esta carta, aquella otra, si es que —cosa que espero— aún la tienes; sin ella, tampoco esta le resultará comprensible, ya que aquí doy por supuesta la cadena de ideas allí desarrollada, y me remito tácitamente a ella.

Ahora bien: en lo que respecta, querido Marx, a tu crítica, no puedo decirte cuánto me ha alegrado. Pues, a partir de su agudeza, uno puede estar seguro de que ni es superficial ni está viciada por la afición personal. Cuando, pues, concedes un elogio tan pleno tanto a la composición como a la acción; cuando constatas que la lectura ha producido sobre ti un efecto estimulador —y Engels me escribe lo mismo!—, puedo estar, por cierto, completamente satisfecho. En particular, esto último me alegra especialmente. Pues el propio autor no puede tener un juicio sobre si algo es atrapante o no; y, sin embargo, siempre consideraré que la fuerza estimuladora, turbadora de una tragedia es el mejor indicio sensorial de su mérito.